

Y, ¿qué otra cosa es el Arte sino la palabra de luz? Max-Linder y Toribio no se han contentado con ser la palabra, han querido que veamos la propia luz. Hemos visto el resorte del juguete. La curiosidad está satisfecha, la ilusión menoscabada.

Max-Linder y Toribio ya no serán los héroes fantásticos de mil aventuras extravagantes; serán... Max-Linder y Toribio. Ya sabemos que no son capaces de muchos imposibles, que la fotografía nos presentaba con engañadora verosimilitud. Ni caen de los tejados, ni trepan por las paredes, ni saltan entre leones, ni los automóviles pasan por su cuerpo. Un sencillo salto en la realidad causó á Max-Linder una caída que pudo ser de graves consecuencias. La realidad quiso vengarse de las mentiras fotográficas.

Será muy halagador para Max-Linder y Toribio escuchar en persona los aplausos del público, será muy lucrativa su exhibición para ellos y para sus empresarios; pero temo que, como tantos otros artistas, hayan vendido la primogenitura del ideal, por el plato de lentejas de la realidad.

XLVII

En noches pasadas he asistido á la representación de varias obras en teatros populares. En todos ellos se cultiva el llamado género chico. Salvo en el Coliseo Imperial, cuya empresa es digna de todo elogio por ofrecer al público con esmerada presentación un espectáculo de mayor decoro artístico.

El favor correspondiente del público demuestra muy claramente cómo no es siempre el público el que pide necedades y groserías; las acepta cuando no le ofrecen cosa mejor los que, por incapacidad de ofrecérsela, no hallan mejor disculpa.

Lo mismo afirman las empresas periodísticas cuando ofrecen á todo pasto revistas de toros, relatos de crímenes, fotograbados borrosos de actualidades insignificantes y toda suerte de telegramas inflados. Lo pide el público, es lo que le gusta al público. ¡ El

público! ¡ Si oyéramos todos al público! El público, ese *Monsieur tout le monde*, con más *esprit* que Voltaire, según dicen los franceses.

Pero si hay alguien en el mundo que no se entere nunca de lo que quiere el público, sin tener otro deseo que complacerle siempre, es, por este orden, los políticos, las empresas periodísticas y los empresarios de teatros. Cuando más creen complacido al público, suele ser justamente cuando están en camino de molestarle. ¡ Es tan fácil confundir el interés de la curiosidad con el interés del agrado! Puede haber, en ocasiones, quien nos esté escuchando con extraordinaria curiosidad y con profundo disgusto. A veces ponemos en la curiosidad una saña que puede traducirse por atención y en realidad es aborrecimiento.

Cuántas veces un periódico ha visto aumentar sus lectores, al emprender una determinada campaña, y cuando más satisfecho estaba de su acierto ha venido á sorprenderle la desbandada de sus lectores, al parecer tan complacidos. Era que estaban cargándose de curiosidad y de razón.

Del mismo modo se vió alguna vez chasqueada una empresa de teatro, que creyó haber atinado con un género, con una especialidad, y de pronto, de un estreno á otro, el público que vuelve la espalda para no volver. ¡ El público es incomprensible! No; el público es curioso sobre todo; pero la curiosidad pasa, sólo la estimación permanece.

Sin duda es más difícil de conseguir su duradera estimación que su frívola curiosidad. Pero no digamos nunca, para disculpa nuestra: ¡ El público lo pide! Es tan necia disculpa como si decimos: ¡ La vida es así! La vida es así, cuando ponemos á su nivel nuestro espíritu. El público es así, cuando nos ponemos al nivel del público. Pero la vida y el público pueden ser lo que nosotros seamos.

En los teatros populares se ofrece al público lo que su público pide; dirán de seguro los empresarios: Ya ve usted; el teatro está lleno, el público se divierte, ríe, se emociona, se interesa... ¡ Lástima de emoción, lástima de interés y lástima de público!

No seré yo quien censure á los autores que para tan envidiable público escriben. Com-

placen á la empresa, que á su vez creía complacer al público.

Pero, ¡ es tan generosa la emoción de ese público, que bien valdría la pena de ser también generosos con él, ofreciéndole un espectáculo de más noble linaje intelectual!

El teatro es, por su origen, por su historia, un género literario que sólo en el pueblo halla su propio ambiente. Populares fueron los más grandes teatros del mundo y para el pueblo escribieron los más grandes autores dramáticos. El teatro para eruditos, para intelectuales, no tiene razón de ser. Una obra dramática en estas condiciones siempre será demasiado libro para teatro y demasiado tea-

¿Quién puede imaginarse al leer un drama para libro.

ma de Ibsen, al público teatral adecuado para asistir á su representación? No es posible imaginarse un teatro; es preciso imaginarse una cátedra, con público de estudiantes y de institutrices, con antiparras de gruesos cristales, bien aferrados bajo la grave frente, en vez de los gemelos coquetones que ya miran á la escena, ya al público, en voluble mariposeo.

Al público popular le bastan sus ojos, sus claros ojos, que no se han enturbiado con serias lecturas.

Los autores dramáticos perdemos nuestro tiempo, afanosos por conseguir el aplauso, la admiración de los intelectuales. Ante todo, ¿dónde están los intelectuales?

Y el público, el verdadero público del autor dramático, si sabéis dónde está, es el pueblo que, como en todo, sobre el engaño ha de padecer la calumnia, para disculpa del engaño. En política, en teatro, en todo, cuantos engañan, embrutecen y explotan al pueblo; sobre engañarle, embrutecerle y explotarle, le calumnian: ¡ El pueblo es así! ¡ No merece otra cosa!

Y si fuera así, en efecto, como le pintan las clases directoras, para su comodidad y conveniencia, no sería el pueblo el que merecería ser dirigido, serían los directores los que merecieran que así fuera el pueblo.

El invierno es la estación más aristocrática en la vida social; acaso porque el invierno marca como ninguna otra estación del año las distancias entre las diferentes clases sociales. La primavera y el verano son democráticos, casi demagógicos. El invierno levanta entre pobres y ricos fronteras infranqueables de lujo, de comodidades, de bienestar: calefacción, alfombras y pieles...

Pero en la vida de la Naturaleza, la estación aristocrática es el otoño. La misma naturaleza rústica, la más agreste y áspera, se afina, se espiritualiza en las blanduras otoñales. Y en la naturaleza cultivada, en los jardines y parques, amanerados y retóricos con el atavío primaveral, más artificiosos en los rigores extremosos de verano ó de invierno, el otoño es sin afectación, sin énfasis. Parece como si todo el día fuera ocaso: las hojas, doradas ó rojizas, fijaron la luz del

atardecer para todas las horas de los días de otoño, que es el atardecer del año.

Van cayendo las hojas, amarillas, como pergaminos en donde el año escribió su historia. El jardinero nada puede hacer en otoño: barrer y juntar en montones las hojas.

El jardín queda abandonado á sí propio, como nosotros en las horas graves de nuestra vida, cuando nos afrontamos á nosotros mismos. El florecer en primavera fué tal vez atención del jardinero; en otoño, todo es nuestro: «¡Fuera postizos!» como decía el Rey Lear.

Por eso el otoño es inquietante como hora de verdad.

La conciencia intranquila tiembla; es la estación de las fiebres, del decaimiento.

El otoño es piedra de toque para las almas. Yo no juzgo bien de los que se dejan ganar por la tristeza otoñal. Poco puede el que no puede más que el día del año y que la hora del día. Sin propia luz vive el que del sol ó de las estrellas se alumbra.

Evitemos á estos hombres que se destemplan con las destemplanzas del tiempo.

No caséis con mujer á quien el otoño trae

inquietudes y nerviosidades. ¿Qué será en el largo otoño matrimonial? Si las tardes de otoño le parecen aburridas, ¿qué dirá después de los años?

¡Feliz el que no sabe de horas en el día ni de estaciones en el año! ¡El que ve siempre otra luz y oye siempre otra palabra!

El otoño es muy triste para las almas tristes; pero como sólo estamos de verdad tristes cuando no estamos contentos de nosotros mismos, la tristeza es el más certero aviso de nuestra conciencia.

Si alguna tristeza nos llega por el camino más impensado, estemos seguros de que por el mismo camino enviamos nosotros algún mal y en el camino se cruzaron.

Si estamos tristes en otoño, será que hicimos mal en primavera.

¿Queréis hacer un buen examen de conciencia? Pasead en una de estas tardes por el Retiro ó por la Moncloa. El otoño es la estación aristocrática de la Naturaleza. Confrontad con ella vuestro espíritu.

Si decís «¡Qué tristeza de otoño!», cuidad de vuestro espíritu. Si decís «¡Qué hermosura!», en vuestro espíritu lleváis el encanto

que transforma los cementerios en jardines, como en el cuento de Mæterlink, cuando los niños ven florecer las sepulturas y exclaman alborozados: «¡ Si no hay muertos! »



XLVIX

La pedimos á todas horas; á su falta atribuímos todos los males que nos aquejan. No hay sinceridad en los políticos, no hay sinceridad en los publicistas, no hay sinceridad en el Arte... Y cuando alguna vez sentimos la firme decisión de comenzar á ser sinceros con nosotros mismos, necesaria anticipación, si hemos de serlo con los demás, ¿no huímos espantados de nuestra sinceridad con nosotros mismos? ¿No preferimos creer que aquella verdad de nuestro sentir no puede ser la verdad, que aquellos pensamientos son los malos pensamientos, involuntarios, inconscientes, los que, ni el más vigoroso teólogo considera como pecados, si el mismo pensamiento no se detiene á considerarlos con delectación? Y si en vez de espantarnos ante ellos, nos parásemos á contemplarlos, ¿no serían ellos nuestra sinceridad?

Y si la sinceridad con nosotros nos espan-

ta, por las mismas razones nos espantaría la sinceridad de los demás; no tanto por ser la suya, como al conocerla por nuestra. A nadie odiamos tanto como al que descubre los defectos que nosotros creemos tener ocultos. Al desenmascarse, nos parece que nos desenmascara.

La vida social sería intolerable si fuéramos sinceros; por lo pronto, sería de una monotonía abrumadora. Vivimos en la ilusión de que todos somos distintos unos de otros y vendríamos á caer en la cuenta de que todos somos iguales. Por creernos distintos de todos llegamos á serlo; pues asustados de ser como somos, al pretender ser como los demás, que son en realidad como nosotros, dejamos de parecernos á ellos.

Cuando dos hombres son capaces de conocerse iguales, su poder llega á ser ilimitado. ¿Qué diremos de toda una sociedad de hombres sin secreto entre ellos y para todos secreta?

¿Fué otra la fuerza de los Templarios?
¿Es otra la fuerza de algunas sociedades en nuestro tiempo?

Desconocemos á los demás, porque nos

asusta conocernos á nosotros mismos. Queremos ser para ellos lo que ellos quieren ser para nosotros. Como no queremos saber de nuestra verdad, aceptamos por verdades las mentiras que los demás nos ofrecen, engañados á su vez por nuestras mentiras.

Y así nunca somos lo que somos, y nuestras creencias, nuestras opiniones, nuestra conducta, son siempre un obsequio á las creencias, á las opiniones, á la conducta de otros muchos que, á su vez, se obsequian mutuamente con ellas.

Es así nuestra vida, como juego de niños. Vamos á jugar á que somos tal cosa ó tal otra. Y si alguno quiere hablar por sí fuera del juego, todos caerán sobre él indignados, como los chicos en sus juegos, si alguno se sale de su papel: «No se puede jugar con éste».

¡La sinceridad! Sólo el que ha sabido ser sincero consigo mismo, puede soportarla en los demás. El se conocerá en todos, sin temor á que todos le conozcan.

Así, no hay nada que dé la medida de nuestra propia maldad como la indignación que mostramos ante la maldad ajena. La in-

dignación es la polvoreda que levantamos para ocultar á nuestra conciencia, que si no somos así de malvados, es por temor á que los demás se indignen contra nosotros, como nosotros nos indignamos contra el que se atrevió á descubrir su maldad.

Y es lo triste que, mucho menos sinceridad que en el mal, ponemos en el bien; aun nos parece más extraño á los demás el bien que hay en nosotros, y aun procuramos avenirnos con más circunspección al bien medio de sociedad.

Hasta el talento, con ser más hijo de Satán, por el orgullo, se acobarda ante el buen parecer.

El día en que sólo diríamos grandes y verdaderas cosas, nos asustamos... ¡Sería demasiado! Hay que moralizar, hay que tener gracia, ironía; hay que ser claros, comprensibles... En suma: hay que decir muchas tonterías para que los demás comprendan que tenemos algún talento.

¡Sinceridad! Cuando alguno fuera sincero, ¿quién lo conocería?

L

En el último Congreso Antituberculoso, reunido en San Sebastián, el doctor Moliner ha leído una interesante Memoria en defensa, según reza el epígrafe, del mensaje que las Sociedades obreras de Valencia y poblados marítimos elevaron á dicho Congreso solicitando su valioso voto á favor de un empréstito ó crédito extraordinario de cien millones de pesetas para cultura y sanidad.

Conocido es el nombre del doctor Moliner, constante batallador, en otro tiempo, en nombre de ideas políticas para él inseparables de un alto ideal de progreso. Por todo ello fué perseguido hasta perder su cátedra, y hoy, desengañado de la política, pero más firme creyente en la Ciencia, acude oportunista al Gobierno español, sin atender á su color político, para clamar en nombre de una

verdad, que está sobre las actualidades políticas, en demanda de algo más importante que la ley de Asociaciones ó el proyecto de Mancomunidades.

Filósofos, sociólogos y políticos hablan de humanidad, de sociedad, de patria, como si se tratara de abstracciones, y así pretenden operar sobre ellas no de otro modo que ignorante cirujano atento sólo al resultado de la operación, sin tener en cuenta las condiciones especiales del sujeto operable.

No es posible hacer humanidad, sociedad ni patria sin hacer antes hombres. Lo primero es afirmarse físicamente sobre la tierra.

Se habla de cultivar tierras, de cultivar inteligencias, y se habla poco de lo que más importa, el cultivo de hombres, la cultura humana.

Las plantas, los frutos, las flores, no se diga los animales, preocupan más la atención de los agricultores, floricultores y ganaderos, que el hombre la atención de los Gobiernos y de los sabios.

Una compasión enfermiza y sensiblera, con nombre de caridad ó beneficencia, acude

y socorre á lo más dañado, á lo más empobrecido física y moralmente: á lo que más compasivo fuera anular ó suprimir dulcemente, si la suprema piedad de la Ciencia ordenara el mundo.

Quizá convendría restablecer la esclavitud, para que todos nos diéramos cuenta del valor de un hombre.

Pagado á jornal ó á sueldo, la competencia lo ha abaratado tanto que nos parece sin valor alguno.

Si se habla de riqueza nacional, las personas más ilustradas os hablarán de agricultura, de comercio, de importación ó exportación, hasta del lujo y del vicio. Del hombre, ¿quién se acuerda? El hombre, ¿qué vale?

¿Quién da valor, quién concede importancia á los millares de niños enterrados? ¿Quién se preocupa por las viviendas anti-higiénicas y las fábricas, los talleres, las escuelas, focos de toda infección? Hay quien se preocupa de la defraudación metálica, de la riqueza oculta, de las contribuciones eludidas, y nadie da importancia á esa continua defraudación de vidas humanas, á esa mer-

ma constante de la verdadera riqueza nacional.

Hay un presupuesto de Guerra, y no hay un presupuesto para hacer soldados; un presupuesto de Marina, y nadie pensó en los marinos; un presupuesto de Enseñanza, y nadie pensó en los estudiantes. ¡Patria sin hombres!

Las Sociedades obreras de Valencia elevan á los poderes públicos un mensaje de paz y de justicia.

La Memoria del doctor Moliner debe ser leída y estudiada por todos.

Hay quien lamenta, con mal fundadas razones, lo que llaman sangría suelta de la emigración. La emigración, al fin y al cabo, es vida, y cuanto es vida bien haya. Y esos mismos permanecen indiferentes ante la verdadera sangría suelta, ante la verdadera emigración al otro mundo, la región ignorada, de cuyos límites ningún caminante torna, como dice Hamlet.

Donde hay hombres fuertes y sanos hay alegría, hay amor á cuanto les rodea y hay patria, por lo tanto. Donde hay hombres enfermizos y débiles y descontentos sólo hay

agrupaciones desagradables, algo así entre hospital y presidio, donde los Gobiernos ejercen ó de enfermeros desabridos ó de cabos de vara.



Con verdadera pena hemos oído cómo una parte de la opinión señalaba el nombre de Pablo Iglesias al protestar contra el asesinato del presidente del Consejo. El socialismo tiene todas mis simpatías. Creo firmemente que dentro de algunos años el mundo civilizado será socialista ó no será de ninguna manera. Por lo mismo, creo que algunos socialistas españoles van equivocados al extremar su radicalismo. La revolución puede imponer una tiranía, un rey constitucional, una república más ó menos democrática, puede desatar la anarquía, que es el despotismo de los de abajo. El socialismo no se comprende traído por una revolución: su fundamento es tan espiritual que ni los fusiles ni las mismas leyes lograrían imponerlo, como no pueden imponer el sentimiento religioso.

El socialismo ha de lograrse por evolución progresiva, en los mejores; por natural aspi-

Con verdadera pena hemos oído cómo una parte de la opinión señalaba el nombre de Pablo Iglesias al protestar contra el asesinato del presidente del Consejo. El socialismo tiene todas mis simpatías. Creo firmemente que, dentro de algunos años, el mundo civilizado será socialista ó no será de ninguna manera. Por lo mismo, creo que algunos socialistas españoles van equivocados al extremar su radicalismo. La revolución puede imponer una tiranía, un rey constitucional, una república más ó menos democrática, puede desatar la anarquía, que es el despotismo de los de abajo. El socialismo no se comprende traído por una revolución: su fundamento es tan espiritual que ni los fusiles ni las mismas leyes lograrían imponerlo, como no pueden imponer el sentimiento religioso.

El socialismo ha de lograrse por evolución progresiva, en los mejores; por natural aspi-

ración, en los egoístas; por conveniencia, por hacer de necesidad virtud, como vulgarmente suele decirse.

El socialismo no suele hablar más que de intereses materiales, preocupado ante todo de la cuestión económica. Pero la Economía tiene también una parte espiritual. La tierra no es la única riqueza del mundo. Y el trabajo del hombre, ¿qué valor tiene si en el trabajo, por material que sea, no pone el hombre un aliento de espíritu, ese amor adiestrado, si bien se observa, hasta en la más ínfima operación manual?

¿Quién no distingue cuando se barrió *con amor* un aposento? ¿Quién no se ufana al ponerse una camisa planchada *con amor* por la madre, por la hermana, por la esposa? ¿Quién no saboreó, después de viajeras andanzas por hoteles y hospederías, al volver á la casa, algún sabroso guiso, *con amor* aliñado?

¿Y no es este valor inmaterial, este amor, este espíritu, esta religión, la esencia misma del socialismo?

Y no se diga que esto es hablar de socialismo católico, ni siquiera de socialismo cristia-

no, no: socialismo muy humano, muy de la tierra, porque no es necesario creer que el mundo del espíritu sea otro para creer que hay algo en este mundo que por ser de este mundo es preciso tener muy en cuenta.

En España, ¿por culpa de quién el socialismo parece confundido con el anarquismo? Entre la gente que ha dado en llamarse de orden, porque ella sola vive á gusto con lo ordenado, socialismo y anarquismo van envueltos en el mismo anatema. ¿Es esto justo? De ningún modo. Pero, ¿es lógico?

Nunca ha debido sonar el nombre del jefe caracterizado del socialismo español al protestar contra un crimen anarquista.

En España, más que en parte alguna, importa deslindar bien, no la frontera, el abismo que debe separar siempre al socialista del anarquista.

El socialismo no debe parecer como un partido revolucionario; si por revolución se entiende la perturbación material del Estado. Revolución espiritual, sí, fundada en las más nobles aspiraciones del espíritu humano.

El partido socialista no debe mostrarse

nunca como una amenaza perturbadora. Ha de ser un partido gubernamental, de verdadero orden, de verdadera paz. Sus principios económicos, sus doctrinas, sus procedimientos, todo ello es lo más contrario, lo más distante del anarquismo.

¿Por qué, entonces, es posible la confusión? ¿Es mala fe del enemigo? ¿Es torpeza del partidario?

¡Para que la mala fe del uno parezca evidente es preciso que nunca pueda justificarse con la torpeza del otro.

Ahora, después de todo esto, no sé si me tendrán los socilistas por amigo ó por enemigo. De lo que pueden estar seguros, enemigo ó amigo, es de que no tendrán ninguno más desinteresado.



nunca como una amenaza perturbadora. Ha de ser un partido gubernamental, de verdadero orden, de verdadera paz. Sus principios económicos, sus doctrinas, sus procedimientos, todo ello es lo más contrario, lo más distante del anarquismo.

LII

Cuando Carolina Otero triunfaba en París, en el mayor esplendor de su hermosura y de sus brillantes, una preciosa muchacha, bailarina española, de las muchas que acuden á la gran ciudad y fracasan en ella, se lamentaba por su doble fracaso de mujer y de artista, sin poder explicárselo, y nos pedía á los amigos una explicación satisfactoria. Decía ella: «Yo soy más guapa que la Otero, bailo mejor que la Otero, soy tan bestia como la Otero... y como si nada. Nadie me ha hecho caso, nadie ha reparado en mí, nadie se ha enterado de que he venido. ¿Hay razón, señores, hay razón?» Y no había razón, en efecto.

Como el fracaso de aquella preciosa bailarina, hay muchos fracasos en la vida, inexplicables; sobre todo, en relación con muchos triunfos, aun más inexplicables.

Pero todo tiene su explicación. Los fracasa-

dos se desesperan y no aciertan con la razón de su fracaso, y hablan de suerte y de fortuna ó de caprichosa arbitrariedad de las gentes: Fortuna te dé Dios, hijo; más vale caer en gracia, etc.

Los fracasados se equivocan: hay razón para todo.

Nadie cae en gracia si carece de gracia. Y esta es la razón, tan objetiva, como el mérito personal: la gracia; pero entiéndase en el más noble sentido de la palabra, en el sentido teológico.

Y tan personal es este don de la gracia que aun en los mismos santos, en los que cabría suponer el mismo grado de gracia, hay unos más *graciosos* que otros. Si la santidad de todos es la misma, ¿por qué razón hay santos de quienes nadie se acuerda y otros de universal devoción?

¿Fueron menos santos San Antonio de Padua y San Francisco de Asís que San Casiano y San Celedonio?

Y, ¿quién vió nunca iglesias, ni siquiera altares, dedicados á estos últimos, ni de qué beata se supo que los rezara, á no ser englobados en final de rosario? «Ahora un Padre-

nuestro á todos los santos de la Corte Celestial.»

Así, sobre la gracia divina, que no puede ser más en unos santos que en otros, vemos que una una gracia personal, una gracia real de la gracia.

Y en todo de igual suerte. Y esta es la razón de muchos triunfos y de muchos fracasos, en apariencia inexplicable. El poeta, el pintor, el cantante, el torero...

Y esta es la razón de que muchos nombres, gloriosos entre sus contemporáneos, vayan desluciendo apenas empiezan á ser juzgados por la posteridad.

Y es que en ella no influye el prestigio de la gracia, si la gracia estaba en la persona y no en la obra.

Este don de la gracia personal se advierte sobre todo en los artistas dramáticos, ya que su persona es inseparable de su arte.

Hoy no podríamos explicarnos sin esta razón de la gracia, el entusiasmo que la célebre trágica francesa Raquel despertaba en el público.

Si leemos á los críticos de su tiempo, vemos que su repertorio era muy limitado, que

de este repertorio apenas hay dos obras en que los críticos no la censuren graves defectos, y los más imparciales aun en esas obras. ¿Qué le quedaba, pues? La gracia.

De otros muchos actores y cantantes puede decirse lo mismo. Preguntáis á sus contemporáneos, leéis á los críticos de su tiempo, y una por una, en obra alguna estuvieron á la altura de su nombre, y, no obstante, su nombre estaba sobre todos: eran superiores á ellos mismos. ¿Razón? La gracia. Don inexplicable, aura imantada que envuelve á los elegidos, á diferencia de los que siempre parecen aislados, rota la comunicación espiritual con los hombres y con el mundo, esos que saben tanto ó más que los otros, valen más que los otros y no logran explicarse la razón de sus fracasos... La falta de gracia.



LIII

Los cursos breves y las conferencias, patrocinados por el ministerio de Instrucción pública, han tenido excelente éxito. Numeroso público acude á todos ellos, y pudiera creerse que hasta el diablejo frívolo de la moda ha entrado á la parte. Pero, si es así, bien pudiera decirse: «Hágase el milagro, y hágalo el diablo». Váyase por cuando la moda sopla de peor parte y hacia peores sitios.

Las conferencias de arte arquitectónico, escultórico y pictórico, de los señores Iampérez, Tormo, Domenech, Beruete y otros, no menos doctos y no menos artistas, han sido escuchadas con singular atención.

Las conferencias literarias de Cristóbal de Castro, Federico García Sanchís y Enrique de Mesa han sido, por diferente estilo, interesantes y amenas, como deben ser estas conferencias, que, en castellano, por no haber sido género de literatura muy cultivado, no tie-

nen nombre que corresponda á la *causerie* francesa ó la *lecture* inglesa.

De estas conferencias, unas han sido habladas, otras leídas. Hay quien opina que la lectura está fuera de lugar en estos casos. No defiende causa propia: por mi parte, ni sé hablar ni me agrada leer; pero creo que no tienen razón los detractores de las lecturas. Lecturas fueron las lecciones de muchos grandes literatos ingleses y franceses; lecturas fueron las conferencias de Emerson, y cuando estas lecturas, por su fluidez y viveza en el lenguaje, se acercan más á la palabra hablada que el escrito literario, y el lector sabe evitar la frialdad y monotonía de la lectura, en nada desdican de las más brillantes improvisaciones oratorias, con la ventaja de ir más ceñidas al asunto y de no estar expuestas á los azares de la impresionabilidad que, si pueden ser gracia en un discurso de momento, son muy ocasionales en materias de estudio y de doctrina.

Modelo de estas lecturas fué el estudio de Enrique de Mesa sobre la poesía satírica en la corte de los Trastamaras.

Con estas conferencias no sólo se cultiva el

espíritu del público: va formándose también una escuela práctica de maestros y de oradores. En España hay mucha gente que sabe más de lo que se cree generalmente; pero faltan estas dotes de exposición amena, brillante; y estos cursos y conferencias, con buen acuerdo ordenados, son de enseñanza mutua, y si mucho puede aprender el público, mucho también pueden aprender los profesores. Del año anterior á éste ha podido observarse un notable progreso, si no en la erudición y mérito de los conferenciantes, en el arte expositivo, en la dicción, en la seguridad.

Las lecciones sobre *Modernas corrientes de la filosofía*, explicadas por don José Ortega y Gasset, han sido escuchadas con interés creciente y con unánime entusiasmo.

Todo ello conforta y pone esperanzas de un florecimiento cultural de España con base firme de serios estudios.

Sin vanidosa jactancia personal, pues, contra lo que se ha dicho, no he sido yo el iniciador de ellas, sino de todos los que constituyen la Sección de Literatura, secundados por los secretarios del Ateneo, don Enrique de Mesa y don Nilo Fabra, también han sido

acogidas con aplauso las lecturas de poetas españoles, precedidas de breves semblanzas biográficas.

No aspiramos á que estas lecturas lleven el sentimiento de la poesía á todas las clases sociales. La capacidad del Ateneo no lo permite, y el pueblo, el verdadero pueblo, está por desgracia muy alejado de estos centros de cultura.

Sean, por ahora, un ensayo estas lecturas. Más adelante, en otros años, ya que el pueblo no venga al Ateneo, los poetas irán al pueblo, á los centros obreros, á las escuelas de Artes y Oficios, á las escuelas públicas, y más abajo también si es preciso, á los asilos, á las cárceles: irán á llevar la palabra de luz, que si no siempre es comprendida, siempre deja suavidad y dulzura en las almas y no pasa por ellas en vano.

No importa tanto despertar la inteligencia como los corazones. La lección que se enseña con sólo sabiduría no vale tanto como la mano que acaricia la frente de un niño. La enseñanza puede ser obscuridad y confusión en la inteligencia torpe; la caricia siempre será luz y consuelo.

Lo mejor de las almas está escondido y como asustado en el corazón. Por eso hay tanta gente con los ojos inexpresivos, sin claridad de entendimiento. A una sonrisa, á una caricia, el alma se asoma á los ojos, perdido el miedo que la tenía replegada en el corazón. El maestro que sabe sonreír y acariciar sabe la mejor ciencia.

